

La calle
Diario de un espectador
Otras maestras
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 16 de mayo de 2008

A diferencia de la escuela primaria, donde sólo enseñaban mujeres (salvo los profesores de educación física y canto) en la secundaria (oficialmente la escuela de enseñanzas especiales tipo A No 15) la mayor parte de la planta docente estaba compuesta por varones. Sólo había dos maestras, la de inglés y la de música.

La primera era una persona muy mayor a la que por eso cuadraba mal el tener un apodo. Pero así de irreverente era la parvada de esa escuela popular, destinada a hijos de trabajadores. Su nombre era María de Jesús Valdez, pero ante la plebe era conocida como La charra. Acaso lo había sido en su juventud y el mote persistió porque no había razón visible para apodarla de ese modo. No tenía a pesar de sus años, dificultades para caminar, arqueamiento en las piernas que lo hubiera explicado el alias. Lo cierto es que se afanaba —tememos que estérilmente— en enseñar solfeo y rudimentos de historia musical a sus desgarrados oyentes. Intentó hacerlos cantar, pero les propuso una muy difícil Amapola del camino, en vez de ofrecerles la oportunidad de ensayar con boleros cadenciosos y alegres guarachas, que estaban cerca de la vivencia diaria de sus alumnos, oyentes de la radio o de las sinfonolas en el amplio inventario de cantinas de la ciudad (se entiende que los muchachos oían las rocolas a su paso delante de esos establecimientos donde por su edad tenían prohibida la entrada).

También tenía apodo la profesora de inglés, María de la Luz Bravo. Se le decía La pava, a causa de la anchura y la altura de sus caderas. Utilizaba en los tres cursos a su cargo los libros de Elena Picazo de Murray y Robert Murray. O los textos eran insuficientes, o lo era la profesora, o los alumnos no había sido llamados por Dios al arte de aprender idiomas, el hecho es que todos terminamos la secundaria tan monolingües como la empezamos. Cuando más, recordábamos las frases iniciales de los libros escritos por —lo sabríamos después— los jefes del México City College, que luego evolucionaría hasta ser la Universidad de las Américas: Robert is a boy; William is a boy too. Ruth is a girl; Mae is a girl too....etcétera.

También en la preparatoria había pocas profesoras. Sólo nos tocó una, la de historia universal. Como todos los catedráticos en ese plantel, perteneciente al Instituto científico y literario autónomo, la doctora Esperanza Ortega no era una profesional de la enseñanza. Era médica y se dedicaba a su laboratorio de análisis clínicos. Pero se afanaba por dar bien sus clases, aunque utilizaba al efecto el mismo libro, de Albert Malet, que ella había utilizado como alumna, años atrás.

En la Facultad de derecho tuvimos unas pocas clases con la hermosa profesora de derecho internacional Margarita de la Villa de Helguera. Pero enviudo y abandonó la Universidad. En Ciencias políticas también había pocas profesoras. Una socióloga recién vuelta de su posgrado en Francia, María del Carmen Merino, se vio en el caso de enseñar historia contemporánea, que no era la materia para la que se había preparado en La Sorbona. En cambio, era deslumbrante el saber de María del Carmen Ruiz Castañeda, que ensanchó el título de la materia a su cargo: Seminario de lecturas de los grandes periodistas mexicanos hasta convertirla en una historia del periodismo, que dominaba merced a su trabajo como investigadora en la Hemeroteca nacional. Con el tiempo llegaría a dirigir ese establecimiento y el Instituto del que depende, el de Investigaciones bibliográficas. Preparaba para Excélsior una columna sabatina, Arcón del siglo XIX, notas extraídas de la prensa de esa centuria cuyo contenido era pertinente a la circunstancia que vivíamos en la siguiente. No recibió el reconocimiento académico que merece, aunque no es tarde para procurarlo.